

La identidad rentable

PEDRO JOSÉ CHACÓN DELGADO

PROFESOR DE HISTORIA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO EN LA UPV-EHU

¿Qué habría sido de la economía vasca y española de no haber padecido el destrozo radical? Hoy, que hablamos de condenas y perdones solo en el ámbito de la moral, nos olvidamos de las responsabilidades económicas exigibles al terrorismo

La identidad vasca fue siempre muy rentable en España, mientras que en Francia a duras penas sobrepasa el ámbito de los souvenirs. Y esto no es de ayer, ni tiene que ver con el nacionalismo vasco, por muy centenario que sea. Esto viene del siglo XVI, con Garibay y Zaldívar, con la limpieza de sangre y la hidalguía colectiva y con el papel preponderante de los vascos en la España imperial. Y esto llega hasta el siglo XIX, cuando el régimen foral, a partir de la Ley de 1839, tras la primera derrota carlista, convirtió al País Vasco en un 'oasis foral', donde la conexión entre las élites liberales vascas y de Madrid funcionaba a la perfección. Nada que ver con el llanto y crujir de dientes del que hablan los nacionalistas por la, según su descripción, pérdida de la independencia originaria que habría sobrevenido entonces.

Hoy todo el mundo, en el País Vasco y en el resto de España, relaciona el régimen de Concierto económico con el nacionalismo, hasta el punto no ya de identificar ambos sino, incluso, de creer que dicha excepción vino a causa de la presión secesionista. Pocos saben que «el nunca suficientemente maldecido Concierto económico» —como se lee en el n.º 8 del primer periódico jeltzale, 'Bizkaitarra'— fue pactado entre los liberales españoles y vascos después de la última derrota carlista, en 1878, y cuando todavía Sabino Arana estaba estudiando el bachillerato en Orduña. El nítido origen liberal de ese régimen exclusivo pasó luego a manos del nacionalismo durante el primer tercio del siglo XX, cuando Sota y los euskalerrriacos lo reconvirtieron en lo que hoy es: la principal estrategia de avance político y social del nacionalismo en toda su historia, versión actualizada del secular discurso vasco de la identidad rentable. Con él convencieron a mucha gente de que a mayores cotas de autonomía política, mayor bienestar para una mayoría de la población vasca. Este discurso condicionó la estructura del Estado español a partir de 1978 y es la envidia de todas las autonomías, que lo quisieron emular en sus respectivos territorios, llevándonos al colapso administrativo y funcional actual.

El nacionalismo radical vasco ha presumido siempre de dar más valor al maximalismo ideológico que a la rentabilidad económica, pero con una pequeña trampa, que hace más sangrante aún su comportamiento: las indemnizaciones millonarias que por sus acciones ha tenido que arrostrar siempre el Estado, o sea todos nosotros, afectaron al País Vasco en menor medida que al resto, porque aquí tenemos el cupo. El relato radical que dé cuenta de nuestra historia reciente querrá, sin duda, maquiillar el cese definitivo de la violencia como resultado de la crisis económica que padecemos. Pero los que hemos sido testigos de lo ocurrido sabemos que las cosas no fueron así. Primero fue el Estado el que consiguió doblegar a la banda y luego vino la crisis galopante que ahora nos

atenaza. Y recordaremos indignados y añorantes unos años de prosperidad económica que fueron cruciales para haber consolidado un nivel económico similar al de los países más avanzados de Europa, pero durante los que padecimos el terrorismo en todas sus formas, con asesinatos y extorsión a empresarios, huida generalizada de buenas cabezas en ámbitos clave de actividad, destrozo de mobiliario urbano, explosiones e incendios de locales, afectando a edificios colindantes y coches aparcados cerca, así como quema de autobuses. Sin contar la cantidad ingente de recursos materiales y humanos destinados a perseguir al terrorismo y a proteger las personas y bienes susceptibles de ser atacados por él. ¡Cuántas partidas presupuestarias dilapidadas por 'el conflicto', coincidiendo con una etapa de bonanza económica como no veremos probablemente el resto de nuestra vida!

¿Qué habría sido de la economía vasca y española de no haber padecido el destrozo radical? Justo durante las décadas en las que evidenciamos una recuperación económica, tras la crisis industrial de los ochenta, con el colofón de unos años plétóricos de progreso en el cambio de siglo, asistíamos en la calle a la hecatombe humana y material de la violencia terrorista. Hoy, que continuamente hablamos de condenas, perdones y responsabilidades solo en el ámbito de la moral, imprescindibles, sin duda, para avanzar, nos olvidamos extrañamente de las responsabilidades económicas y materiales exigibles al terrorismo. Algún día habrá que poner sobre la mesa todas las cifras

del montante de esta tragedia que hemos vivido. En este asunto solo cabe prevenirse ante una posibilidad, acostumbrados como estamos a todos los argumentos, por inverosímiles que sean: ¿también en el terreno económico y material vamos a tener que oír, de parte de los de siempre, hablar de responsabilidades y víctimas «por ambos bandos»?

JOSE IBARROLA

El artículo de Ruiz Soroa 'Si yo fuera madrileña' (El Correo, 6-9-2011) es un ejemplo palmario de aplicación de los principios del patriotismo cívico al Estado español de las autonomías. Pero mientras este republicanismo patriótico no desborde el ámbito vasco, mientras no surja ningún parlamentario que, al estilo del andaluz D. Manuel Sánchez Silva a mediados del siglo XIX, denuncie las falacias de los particularismos en España, mientras fuera del País Vasco no cuajen voces autorizadas y sin complejos que aboguen por la fraternidad entre todos los ciudadanos españoles y denuncien el ventajismo de las identidades sobrevenidas en la España contemporánea tras el Desastre del 98, mientras eso no ocurra, el Estado de las autonomías seguirá convirtiéndose España en un reino de taifas y persistirá rampante el separatismo y la territorialización de las dependencias económicas, políticas y culturales, enquistándose la desvertebración social y la desaparición del sentido de Estado entre una mayoría significativa de ciudadanos.

